

Crestomatías guadalupanas

No. 2

Una primera afirmación de mexicanidad

ARTURO ROCHA CORTÉS ©



Cuando se habla de literatura mexicana se suelen cometer desmanes. Por ejemplo, todavía hay quien afirma que la primera novela de Nueva España (pues aun lo era en 1816, cuando se la publicó, en plena insurrección de Independencia) fue la obra satírica y costumbrista de José Joaquín Fernández de Lizardi [1776-1827], *El Periquillo Sarniento*. Pero quienes esto afirman olvidan que ya en 1690, el erudito Carlos de Sigüenza y Góngora [1645-1700] había publicado *Infortunios de Alonso Ramírez*, ésta sí, la primera novela novohispana, aunque con evocaciones biográficas.

Más injusticias se cometen cuando, en aras de las letras mexicanas, se olvida en las aulas preparatorias y aun universitarias a las obras en lenguas indígenas. Cuando mucho se lee *Rabinal Achí*, obra de los antiguos indios quichés de Guatemala, que no existirá si no la tradujera y transcribiera, en 1856, Charles Étienne Brasseur de Bourbourg, partiendo de la narración de Bartolo Sis.

Vamos, incluso se ignora con frecuencia que la lengua propiamente mexicana es el náhuatl, y así se la denomina clásicamente: “lengua náhuatl o mexicana”, cual leemos por ejemplo en el *Vocabulario* de Alonso de Molina.

Infortunadamente, textos ya no digamos en esta lengua pero ni aún sus traducciones se suministran a nuestras juventudes. Se pasan por alto *Cantares mexicanos* o los *Romances de los Señores de la Nueva España*, que contienen joyas —ciertamente también recogidas por los frailes de la tradición oral—, de Nezahualcōyotl, Tecayehuatzin o Ayocuan Cuetzpaltzin, creadores ellos de momentos de un exaltado lirismo impregnado de hondas reflexiones teológicas y sobre el destino del



hombre en la tierra.

Y, obviamente, se salta olímpicamente por sobre la joya suprema de la literatura en lengua náhuatl del siglo XVI, la narración de las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe al indio Juan Diego: el *Nican mopohua*, obra atribuida al sabio indígena Antonio Valeriano, cual si aquella obra maestra de la *tecpillatolli* fuese un mero texto religioso.

En uno de los más hermosos y significativos pasajes de la narración, María de Guadalupe dice a su vidente: “*can el nehhuatl in namoicnohuauhcanantzin in tehuatl...*”, es decir: “porque en verdad soy vuestra madre compasiva...” (NM 29), es decir, se dirige en primer lugar a la individualidad de la persona. Pero inmediatamente lanza esta expresión: “*...ihuan in ixquichtin inic nican tlalpan ançepantlaca*”, esto es: “...y de todos aquellos que en esta tierra viven juntos” (v. 30).



Esto lo dice la madre de Dios apenas diez años tras la caída de la gran Tenochtitlan y es, sin lugar a dudas, en la simplicidad de su vocación unitiva, la primera afirmación de *mexicanidad* en el discurso histórico de nuestra patria. Guadalupe dice que es Madre

de todos cuantos aquí viven juntos. Y hasta parece indicarlo con sus manos orantes con las que parece congregar en *uno* a los hombres —“como la gallina reúne a sus polluelos debajo de las alas”. (Mt 23, 37).

Esto es *patria*. O mejor dicho, nunca mejor que aquí, “*madre patria*”, pues es la Madre quien lo dice por virtud de su Divino Hijo. En otras palabras, la Virgen de Guadalupe afirma que es madre de los de México cuando México... ni siquiera existe aún.

¡Qué providenciales palabras —germen de identidad nacional, vernácula—, pronunciadas por y en el amor que nos profesa una Madre de misericordia!

No por nada el propio Sigüenza y Góngora, sólo que 160 años después de aquella hermosa alborada en el Tepeyac, proclamaría de Guadalupe que era, nada menos, “nuestra regaladísima patriota”. (*Glorias de Querétaro*, México: Vda. de Bernardo Calderón, 1680).

(Vid. A. ROCHA, *Los valores que unen a México*, vol. II, México 2010).